



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9396

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 25 DE FEBRERO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil sobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Gaumartin, 61, y J. Jones, Fenberg Montmartre, 31.

M.^{me} LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.
CALLE MAYOR 2, PRINCIPAL.

MAQUINAS DE COSER

A MANO Y PIE,
de las acreditadas fábricas de Seidel de Dresde y G. M. Pfaff Kala selectora, garantizadas.
PRECIOS SIN COMPETENCIA
RELOJERIA ALEMANA
DE
TEODORO KETTERER.
MAYOR 24

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESES con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.
CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.
ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorarlo.
Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.
—Puerta de Murcia.

ECOS DE MADRID.

23 de Febrero de 1893.
—Ha leído usted lo que dicen los periódicos del famoso crimen del Escorial?
—Ya lo creo: lo primero que hago todas las mañanas es devorar el *Liberal* y el *Imparcial*, y por las noches salgo al encuentro de los vendedores del *Heraldo* y la *Correspondencia* y á la luz del primer farol leo los telegramas.
—Lo mismo me pasa á mí.
—Es tan interesante cuanto se relaciona con un crimen que ya no es misterioso.
—El juez se ha portado como un héroe.
—Crea usted que sin el capitán de la guardia civil...
—No riñamos por eso. Los dos han estado admirables!
—Sablitas.
—Pero qué familia...
—El Julián es el que merece un estudio minucioso.
—Yo he pedido su fotografía.
—Debian entregarle á los hombres de ciencia: ¡qué descubrimientos tan importantes se harían en el cerebro de ese enfermo; porque más que criminal es un enfermo.
—Según Lombroso y los demás lumbreras de la ciencia moderna.
—Le digo á usted que ese crimen fisiológico ha de hacer meditar á muchos sabios.
Y perder el estómago á nuestros lectores de esos asquerosos detalles con que se procura estirar un crimen doloroso sin duda alguna; pero que en último resultado no es más que una manifestación de la brutalidad humana.
En todas partes se oyen diálogos sobre poco más ó menos como el que he reproducido. La avidez del público crece por momentos. Se ahonda en el fango hasta producir

náuseas. Hay en algunos hasta un placer malsano en detallar el acto salvaje y no faltan chistes que horrorizan cuando se piensa en el martirio del pobre niño y en el dolor de sus inconsolables padres.
La ciencia no ganará gran cosa con el estudio de ese miserable bestia, que por caridad y hasta por higiene deberían haber presentado bajo su único y deplorable aspecto, sin pormenores asquerosos y pura y simplemente como un bruto dañino.
Ese hombre era un peligro y las autoridades debían haberle colocado en condiciones de curarse si esto era posible y de no serlo en condiciones de no cumplir en daño de tercero la fatal ley fisiológica de su miserable existencia.
Deseemos siquiera sea por nuestro propio decoro que acaben cuanto antes esas revelaciones que solo debía conocer el papel sellado, y que sea porque no hay otro remedio al asunto de las conversaciones hasta en los salones y gabinetes en donde se reúnen las personas cultas.
Escuelas, muchas escuelas y buenas hacen falta. En Madrid las hay y sin embargo muchos de los chicos que deberían asistir á ellas prefieren hacer novillos é ir á los campos de los alrededores de la población á apedrearse.
La guardia civil ha dado estos días unas cuantas batidas á los muchachos belicosos y ha detenido á unos cuantos ocupándoles ondas ó sea los petrechos mil táres de la pelea á que con tanto ardor se entregaban.
Pues bien; el público que por lo menos se ahorra de este modo algunas descalabraduras, se ha manifestado un tanto hostil á los guardias porque se metían con unos pobres chicos cuyo único peccato era pasar el rato entretenidos.
Aun hay por conquistar bastante número de personas.
Un ratero provisto de una buena capa, tropezó antes de anoche con un caballero, le pidió mil perdones y siguió su camino. Pero el caballero notó que su reloj había desaparecido, corrió tras el ladrón, le cogió por la capa y le exigió la alhaja robada.
Viéndose perdido entregó el reloj y para pensarse en salvo dejó también la capa en poder del caballero.
Como no apareció la autoridad la capa fue á parar á un pobre mendigo que formaba parte del corro que comentaba el suceso.
No siempre los robados tienen igual fortuna.
Sin embargo hace algunos años ocurrió un suceso que merece recordarse.
Un caballero pasaba por el Prado á las doce de la noche. De pronto tropezó con un hombre que por su aspecto parecía una persona decente.
—Dispense usted, le dijo.
—No hay de qué, contestó el primero; pero instintivamente buscó su reloj, vió que le faltaba y cogiendo por los hombros al del tropezón: —Canalla! le dijo, dame el reloj ó te estrangulo.
—Tómelo usted... tómelo usted...

baluceó muy compungido, el presente ratero, apretando á correr en cuanto se vió libre.
Al llegar á su casa el robado, vió con sorpresa que su reloj estaba en la mesa de noche, donde por la tarde lo había dejado olvidado, y al examinar el que le había dado el caballero del tropezón, no pudo menos de soltar una carcajada. Había sido ladrón sin saberlo.
Al día siguiente explicó al gobernador lo ocurrido y devolvió el reloj al supuesto ladrón que en calidad había sido el robado.
JULIO NOMBELA.
DESDE PARIS.
21 Febrero 93.
Una cariñosa invitación que he agradecido mucho en nombre propio y en el de los habituales lectores de estos apuntes, me llevó el otro día al grandioso *Hotel de Ville* (Ayuntamiento) en cuyo salón principal se celebró una recepción solemne, organizada por los consejeros municipales en honor de las celadoras, enfermeras y enfermeros que en los hospitales de París dieron grandes pruebas de abnegación durante el funesto reinado de la epidemia cólica.
El hermoso acto puede y debe ser incluido entre los que dejan una impresión dulcísima y duradera en el alma. Ante el estrado donde se hallaban el prefecto del Sena, el presidente del Consejo municipal y la inmensa mayoría de los consejeros, desfilaron los héroes, que bien merecen este nombre las personas que expusieron sus vidas y se privaron del necesario reposo para cuidar á sus semejantes atacados de la terrible enfermedad.
El golpe de vista que ofrecía la sala era encantador.
Formaban las primeras filas las celadoras vestidas con trajes negros de sencillo y elegante corte; detrás iban las suplentes con vestidos negros y blancos; á continuación las enfermeras con trajes de inmaculada blancura.
El contraste y la graduación de estos colores daban un conjunto sumamente artístico.
En aquel pequeño ejército de mujeres valerosas, había una señora de bastante edad y una simpática joven que ostentaba sobre sus pechos las insignias de la Legión de Honor.
¡Cuántas ideas se agolparon á mi mente en revuelta confusión mientras duró la ceremonia, amenizada por los acordes de la música! Había allí cuerpos airoso y cuerpos desgarrados, semblantes en los que rebotaban la alegría y la juventud y rostros descoloridos surcados por prematuras arrugas; pupilas entelentadas y ojos sin brillo; belleza y fealdad físicas... y todas estas diferencias, se borraban, se desvanecían ante mi vista.
Para mí, todas aquellas mujeres eran ángeles de bondad y me figuraba estar viéndolas luchar á brazo partido con la muerte, animando á los enfermos con esas frases consoladoras, esas miradas dulces y esas exquisitas delicadezas que son patrimonio exclusivo de la mujer...
Al lado de las heroínas que asistieron á la solemne recepción del *Hotel de Ville* forzosamente han de resultar un documento antológico las firmantes de un documento impreso, que estos días ha circulado con gran profusión y que traducido al castellano dice así:
—Durante el período de inscripción en las listas electorales, dos mujeres, —Actié de Valaayre y Florence Hubert— han reclamado, por orden de la liga de ma-

numición del sexo femenino su derecho á ser elegidas, pero Mr. Rister, alcalde del 7.º distrito, lo mismo que el alcalde de Saint Duon se han negado á esta justa pretensión.
—Considerando que muchas personas juzgan que puede exigirse deberes á las mujeres que no disfrutan de ningún derecho, la Liga socialista revolucionaria para la manumición del sexo femenino, tiene el honor de pedir como solución lógica de esta situación tan falsa.
—Que se otorgue el título de elector y elegible, cuando menos á las viudas y á las célibes que figuran en las listas de impuestos, igualándolas así á los hombres.
—Dispensenme las señoras que firman la anterior solicitud y las señoras que componen la Liga formada para manumitir á la mujer.
Sus pretensiones me parecen soberanamente estúpidas y confío en que perderán el tiempo de un modo lastimoso, mientras sigan ocupándose en reclamar el derecho á representar al país en los Municipios y en las Cámaras.
El sexo femenino puede y debe trabajar para que mejore su situación, para que se le faciliten medios de vida propia y honrada, medios de que hoy carecen porque tienen casi exclusivamente el monopolio de ciertas industrias y de ciertos cargos de índole apropiada á los conocimientos y sentimientos de las mujeres.
¿A qué deben estas aspirar? A no ver en el matrimonio y en la prostitución los dos caminos únicos que han de alejarlas del abismo de las privaciones.
¿Y han de conseguir la realización de este propósito nobilísimo interviniendo en las tareas administrativas, discutiendo con los hombres y batiéndose con ellos cuando en el calor de la discusión se cruce de una á otra parte palabras tan ofensivas como las que constituyen el repertorio de muchos de los caballeros que rayan hoy á gran altura en los debates parlamentarios?
Tienen la palabra para contestar á esta pregunta las señoras Astiede Valsayre y Florence Hubert, cuyos pies no beso porque me revientan las mujeres que quieren entablar competencia con los charlatanes políticos de todos los matices.
Bajo el epígrafe «Triste desenlace publicó hace pocos días *L'Echo de Paris* las noticias siguientes:
«Las diferencias surgidas entre monsieur Zola y la Academia Francesa debían acabar necesariamente, de un modo trágico; mas nadie preveía el funesto resultado que iban á tener y que aparece con todos sus pormenores tristes en el acta que vamos á publicar.
«Con motivo de la última elección académica, Mr. Emilio Zola, se consideró personalmente ofendido por el nombramiento de Mr. Henri de Bornier y envió á éste dos amigos para que le preguntaran si estaba dispuesto á darle su voto en todas las elecciones sucesivas y le propusieran; en caso negativo, una reparación por las armas.
«Mr. de Bornier se negó á dar una promesa formal respecto del primer punto y por sus representantes y los de monsieur Zola se convino lo siguiente:
«Un lance de honor se verificará entre Mr. Emilio Zola y Mr. Henri de Bornier. El arma escogida es la pistola; se cambiarán cuarenta balas —una por cada sillón académico— á la distancia de un número igual de pasos.
Por Mr. E. Zola, F. Ceppá, Paul Alevir.
Por Mr. H. Bornier Savisse, H. Greard.
«Conforme á las anteriores bases el encuentro se verificó ayer.
La bala que hizo el número 39 penetró en el pecho de Mr. Bornier, por de-

bajo de la tetilla izquierda. Su muerte fué instantánea.
—Los cuatro testigos declararon terminado el duelo.
—Un detalle de este encuentro, único en los fastos de la literatura.
—La muerte de Mr. de Bornier fue anunciada á sus adversarios por monsieur Paul Alexas, el cual aproximándose al maestro pronunció esta palabra: —¡Vacante!
Mr. Zola hizo demostraciones del más profundo dolor é inmediatamente se dirigió á un café cercano y escribió una carta al secretario perpetuo de la Academia, anunciándole que se presentaba candidato al sillón vacante por muerte de Mr. Henri de Bornier.
He traducido esta inocentada que da muestra de algunos trabajos satíricos que aparecen frecuentemente en las columnas de la prensa parisiense y que suelen producir vivísima emoción entre los bobalicones, que abundan aquí como en todas partes.
ANTONIO DE LA VEGA.
(Prohibida la reproducción).
COLABORACION INÉDITA
LA ESTATUA YACENTE
I
De sobra sé que muy pocas, tal vez nadie, me creerá, pero á mí basta saber que la historia es cierta y como no puedo resistir por más tiempo al deseo de contarla allá va y sea y lo que sea.
Lo primero que han de saber Vds. es que mi amigo Jacinto Aguilar es rico hasta el punto de que de haber nacido unos siglos antes tendría todos los privilegios de la infanzonía, llevaría en sus pendones la simbólica caldera y le reconocería por señor natural toda la fertil comarca que riega el Siernes en la cual no hay pedazo de tierra que no sea suya.
Pero á falta de estas cosas, que no parece echar mucho de menos, tiene de los señores feudales dos cosas: una misantropía que le hace permanecer años y años, sin traspasar los confines de sus montañas y una afección desmedida á la caza.
Yo suelo acompañarle una ó dos temporadas al año y como allí á parte de consumir una pequeña porción de la rica bodega de su mansión señorial, no hay cosa mayor que hacer, me hago aunque temporalmente tan cazador como él.
Un día en que como nunca habíamos puesto á prueba la fortaleza de nuestras piernas saltando barrancos y escalando vericuetos, nos sorprendió la noche muy lejos de la casa Palacio de los Aguilares, y como la luna era clara y la temperatura deliciosa, resolvimos tomar largo descanso antes de reanudar nuestra marcha.
El cómo fue no sé, pero es lo cierto que después de haber consumido las provisiones que de la excursión nos quedaban, entramos en el terreno de las confidencias, y yo que rabiaba por averiguar de dónde dimanaban las melancolías de mi amigo, le pregunté á que ma ropa:

